

Notas y documentos

IMPRESIONES DE UN VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS

CHARLA DICTADA EN EL AULA MAGNA DE LA UNIVER- SIDAD DE CONCEPCION DURANTE LA CEREMONIA DE ENTREGA DEL PREMIO "ATENEA"

El motivo original de este mi octavo viaje a los Estados Unidos fué una amable invitación que recibí en junio de 1955, para concurrir en calidad de Delegado de Chile al Séptimo Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, cuya sede sería la Universidad de California, Berkeley. No era ésta tampoco mi primera visita a Berkeley, la bella ciudad universitaria en donde había estado ya en dos ocasiones anteriores.

Con gusto acepté la invitación que me venía firmada por mi viejo amigo y compañero de estudios en el Liceo de Talca, profesor Arturo Torres Rioseco, presidente del Congreso, y por mi compatriota y amigo, el profesor Fernando Alegría, miembro del comité organizador. La Sociedad de Escritores de Chile, de cuyo directorio formo parte y cuya presidencia acababa de entregar en abril de ese mismo año, por haber cumplido mi período reglamentario, me distinguió dándome su representación para todos los actos culturales en que me cupiera participar, que no fueron pocos.

El Departamento de Estado de Washington, informado de esta invitación por su Embajada en Santiago de Chile, tuvo la gentileza de hacerla extensiva a una visita a diversos centros culturales de la nación norteamericana, lugares de los cuales hablaré más adelante.

El Congreso de Literatura de Berkeley fué un gran acontecimiento intelectual panamericano; en él se dieron cita tanto las figuras más prominentes de las letras latinoamericanas como también la mayor parte de los catedráticos de literatura española o hispanoamericana de las diversas universidades de los Estados Unidos. El programa del Congreso estaba integrado por variaciones sobre el tema fundamental de: "La cultura hispanoamericana expresada a través de su literatura". Pude participar en los debates de varias de las ponencias, especialmente en aquellas que me eran más familiares, como la vida y obra de Ricardo Güiraldes, el inmortal autor de *Don Segundo Sombra*, con quien fuí amigo y compañero durante su vida, y de Vicente Huidobro, el poeta también tempranamente fallecido, fundador del "creacionismo". Durante el Congreso se habló principalmente del "modernismo" que es, hasta ahora, la expresión literaria más típica y auténtica de nuestro joven continente.

Terminado el Congreso, me trasladé de Berkeley a San Francisco, puerto desde el cual dos veces en mi vida me he embarcado con rumbo a la distante China, una vez en la víspera misma de la Segunda Guerra europea, a bordo de un cómodo transatlántico de la "President Line", y la otra al final de la Guerra Mundial II a bordo de un barco de carga, el "Hurricane" en una viaje atroz cuyas aventuras y desventura habré de narrar un día en un relato que parecerá seguramente fruto de mi imaginación y no espejo de la realidad misma.

Describir San Francisco en unas "impresiones" como éstas resulta cosa difícil porque San Francisco es, por consenso universal, una de las ciudades más hermosas y más cautivantes del mundo, no sólo por sus bellezas naturales sino también por la policromía, variedad y animación de su vida ciudadana. Un crucero por la bahía en un día de ligera neblina, o una puesta de sol desde el "Golden Gate" son espectáculos incomparables. La mezcla de razas y de lenguas es otro

de los encantos del popular "Frisco"; y es cosa bien sabida que los latinoamericanos compiten allí con los asiáticos en número, pujanza e industrias. En San Francisco me alojé en el "Press Club" en donde tuve ocasión de conocer y alternar con muchos de los periodistas y escritores más destacados de la región. En compañía de amigos visité los famosos bosques "Muir Redwoods" y el villorrio de artistas Sausalito, que parece ser el sitio preferido de poetas y pintores. No puedo dejar de mencionar al gran diario californiano "San Francisco Chronicle", que recorrí en la honrosa compañía de su director, señor Scott Newhall y del conocido editorialista Templeton Peck. El Barrio Chino y las pintorescas calles del puerto me dieron oportunidad para revivir viejas impresiones.

Llegué a la ciudad de Los Angeles el 10 de septiembre, en la fecha aniversaria de la admisión de California dentro de la Unión de Estados Americanos; todos los diarios editorializaron sobre el tema. Concentré aquí también mi interés primordial sobre la prensa local: recorrí y frecuenté los principales diarios, a saber el "Los Angeles Times", el "Los Angeles Examiner", el "Mirror" y "La Opinión", el diario en español de la colonia mexicana. En todos ellos se me hicieron reportajes y se me pidieron declaraciones sobre temas diversos principalmente políticos. Fuí también invitado a ver la gran estación de radio y televisión de la "National Broadcasting Corporation", en Hollywood, y éste fué mi primer contacto con un estudio de televisión visto por dentro. Se me hizo participar en el "show". Por tercera vez en mi vida pasé un día completo visitando los estudios cinematográficos a los cuales encontré defendiéndose heroicamente del fuerte impacto producido en la industria del celuloide hablado, por el cine europeo de una parte y por la televisión por la otra.

Acompañado de amigos visité el célebre cementerio de "Forest Lawn" en Glendale, uno de los más hermosos y artísticos del mundo, un sitio en que no se siente la presencia de la muerte sino como un espectáculo sublimado en belleza.

Pero de todas mis impresiones de Los Angeles y de sus áreas adyacentes que como se sabe son muy hermosas, ninguna superó la

de mi visita a Disneylandia. A pocas millas del centro de Los Angeles, en la dirección de Santa Ana y en el distrito de Anaheim, Walt Disney decidió dar realidad a un sueño. Para ello invirtió un capital de 17.000,000 de dólares y contrató a centenares de técnicos y artistas, ingenieros y dibujantes, y a millares de operarios que trabajando como hormigas durante varios años transformaron 170 acres de terrenos baldíos en "un campamento fabuloso que tiene algo de feria y de ciudad de las "Mil y una Noches", una metrópoli del futuro, una ventana de magia y de hechos reales, un sitio donde chicos y grandes pueden encontrar felicidad, esparcimiento y conocimiento". "La Tierra de Disney" es el sueño de 25 años de un hombre de genio y de imaginación hecho realidad. Ella abarca cinco grandes sectores: "Main Street" o la "Calle Central", con su plaza donde toca el orfeón, con su farmacia y su correo, su municipio y su estación de ferrocarriles. Ella es el centro de esta ficción-realidad. Representa lo que era la calle principal de una pequeña ciudad de Estados Unidos allá por el año 1900, tal como Dos Passos, Dreiser y Sinclair Lewis la vieron y la describieron en sus novelas.

De la plaza de "Main Street" se parte en las cuatro direcciones y se pasa a las restantes secciones de "Disneylandia. Comencemos con la "Tierra del Mañana", dando un salto en el tiempo que nos llevará del año 1900 al 1986: allí nos aguardan, el "Reloj del Mundo", la "Historia del Petróleo", la visión de 3 millones de años de historia del universo, el "Calidoscopio de Color", el gigantesco "Telescopio de Aluminio", el "Circarama", o sea, imágenes cinematográficas proyectadas en el foco de una pantalla de 360 grados. Aquí podremos también realizar las "Veinte mil leguas de viaje submarino", de Julio Verne, entrar a la Estación "X.1" del espacio, ubicada a 500 millas por encima de la superficie de la Tierra y ver todo el continente americano cambiar de luz y color, encender las luces de las ciudades y caminos, iluminarse de sol sus montañas y llenarse de sombras sus valles, en el transcurso que va de una salida de sol a otra. Pero veremos también el cohete TWA para el viaje a la Luna y podremos sentarnos en una cabina cerrada con acomodación para 104 pasajeros que en el

breve tiempo de siete minutos iremos a la Luna y retornaremos a la Tierra. Todas las sensaciones del viaje están allí presente: el formidable impulso de un gran avión a chorro, el sordo rumor del viento y el vacío físico de volar más rápido que el sonido, a 38 millas por segundo, el frenar para el aterrizaje, etc. Y todo esto mirando en una pantalla admirablemente dispuesta en la cúpula (y otra en el piso) el vertiginoso alejarse de la curvada superficie de la Tierra y el impresionante acercarse a la superficie de la Luna.

Pasemos ahora a la "Tierra de la Fantasía", donde un inmenso y real castillo medieval, con puente levadizo y foso de agua, guarda a la Bella Durmiente. Todas las conocidas figuras del panteón "disneyano" moran en esa "Fantasyland". Aquí podremos viajar por el aire con Peter Pan y bajo tierra con los Siete Enanos y Blancanieves, entrar al teatro del Ratoncito Miguel, viajar con Dumbo, el "elefante volador", embarcarnos en un galeón pirata que zarpa desde Londres a las costas de "Nunca-Nunca", visitar a Don Sapo en su automóvil o a Casey Junior en su tren. Aquí está el carrusel del Rey Arturo con sus banderines de victoria flameando al viento, y la Bruja Mala en su cueva, y el Pato Gruñón en sus desventuras.

Pasamos en seguida a la "Tierra de la Aventura" y entramos en un villorrio tahitiano. Navegamos en uno de los "botes de explorador" que nos llevan a lo largo de un río artificialmente construido en tierra seca, en un crucero cuyas orillas nos muestran selvas amazónicas y pantanos del Congo, desiertos de Egipto, decorados de tumbas faraónicas y templos de la India. Y todo esto en medio de los gritos de los orangutanes y de los papagayos, el "tamtam" de los "cazadores de cabeza", los coletazos de los cocodrilos en el agua y el ancho bostezo amenazante de los hipopótamos sintéticos. Regresamos del viaje de la Aventura y entramos a través de una alta y sólida palizada en la "Tierra de la Frontera", en la que tribus de indios pieles rojas nos salen al camino cuando cruzamos el "Desierto Pintado" a bordo de un trencito que es la réplica exacta del viejo "Santa Fé Express" o en un coche correo conducido por "cowboys" como los que vemos en las películas o bien si nos embarcamos en el "Mark

Twain", un barco de ruedas igual a los que remontaban el Mississippi en 1900 y navegamos, junto con otros 300 pasajeros, al son de una uniformada banda de músicos, reviviendo las escenas de un ayer que nos parece tan remoto y del que no nos separa sino cincuenta años. Tal es "Disneylandia", el paraíso donde niños y grandes van a aprender los últimos secretos de la técnica y a recordar el encanto de una tradición que este pueblo ama y que aspira a hacer perdurar, a vivir en el mañana y en el ayer en pocas horas y dentro de la más perfecta combinación de fantasía con realidad.

De los Angeles me trasladé por tren a Grand Canyon: uno de los espectáculos más grandiosos en dimensión y color que ofrece el continente americano; es una especie de gran tajada o herida colosal que parte en dos las tierras de una inmensa meseta, para servir de lecho a un río. A la puesta de sol aquello es un delirio de colores en que dominan los azules y anaranjados. En la terraza del Hotel Tovar vi a los indios Apaches danzar la "Danza del Demonio" y a los Navajos y Sunis en sus originales danzas de clara progenia totémica, pues los danzarines imitan los movimientos de animales y pájaros.

Al día siguiente me trasladé, también por tren, a Alburquerque, la ciudad principal en el estado de New Mexico. Tanto esta simpática y acogedora ciudad como su hermana, Santa Fè, la capital del Estado me reservaban algunos de los días e impresiones más gratas de toda mi estada en los Estados Unidos. Fuí invitado a visitar la Universidad de New Mexico en donde me atendió especialmente el Profesor Nason a quien había conocido en el Congreso de Literatura de Berkeley. Acompañado por algunos amigos y autoridades visité las "reservas" de los Indios Pueblos y en especial la ciudad india de Isleta en donde fuí recibido en su hogar por el "gobernador" (indio), John Rey Abitoito, quien me explicó pacientemente en una tarde entera de charla, las costumbres, las creencias y las leyes de su pueblo. El 18 de septiembre lo celebré en casa de la conocida y fecunda escritora Erna Ferguson, autora de una treintena de libros de viajes entre los cuales uno sobre Chile.

La ciudad de Santa Fe, situada a 7 mil pies de altura en las montañas de New México, fué para mí algo inolvidable: es una ciudad española y mexicana a la vez, con un aire de leyenda en cada vuelta de sus calles. Almorzamos con Nason y otros amigos en una posada llamada "Burro Alley" y visitamos después dos museos —uno de ellos de etnología y Museo del Hombre de extraordinario interés que hay en plena ciudad. La plaza con sus portales evoca escenas vistas en Mérida de Yucatán, o en La Serena de Chile, o en Toledo de España. No nos parece estar en los EE. UU. sino en Puebla o Sevilla: es que aquí se superponen cuatro estratos raciales bien definidos: el de los indios nativos posiblemente de origen asiático; el de los conquistadores españoles que vinieron inmediatamente después de la conquista de México por Hernán Cortés; el de los norteamericanos que avanzaron de la costa del Este hacia las praderas del Oeste en la célebre marcha de los pioneros cantada por Bernard De Voto, el novelista recién fallecido; y por último el de la inmigración mexicana recién integrada por los trabajadores de los campos. En las afueras de Santa Fe me detuve largamente para visitar el más célebre de sus museos: el "Museum of Navajo Ceremonial Art" en donde un excelente encargado nos da las más interesantes explicaciones sobre las innegables relaciones de la cultura de estos indios con las grandes culturas asiáticas. Las reproducciones y piezas originales, sus mitos cósmicos, agrícolas o astrales no dejan duda alguna acerca de estas conexiones Américo-asiáticas. En el camino de regreso nos apartamos un trecho para visitar una "kiva", muy antigua pero recientemente refaccionada para servir de ilustración a los visitantes. Se trata de uno de los templos iniciáticos subterráneos usados por los Navajos para celebrar sus ritos secretos, de progenio solar pero también estrechamente relacionados con la medicina y la adivinación. Las explicaciones nos las da esta vez un viejo preste católico, de origen judío alemán que ha vivido más de treinta años entre los indios, que conoce a fondo los símbolos de estas arcaicas cosmogonías y que los explica sin ninguna de las inhibiciones que pudiera el visitante esperar de un sacerdote. Son tan evidentes los parentescos y asociaciones entre

estas creencias de los primitivos pobladores de Nuevo México con las religiones orientales, principalmente de China, que si alguna vez tuve yo dudas sobre su comunidad de origen, después de mi visita a estas "reservaciones" indígenas y a estos museos, ya no puedo ni podré tenerlas en el futuro. Hace algunos años, después de haber visitado las ruinas Mayas en el sur de México, en Guatemala y Honduras, publiqué en la prensa centroamericana algunos artículos en que hacía notar estas semejanzas; pero la reacción de los arqueólogos regionales fué tan negativa que yo llegué a dudar de mis convicciones. Ahora tal cosa no volverá a suceder. Compré en Santa Fe algunos interesantes libros sobre mitología de los indios que posteriormente he leído con franco beneficio. Regresamos a Albuquerque, en donde un médico chileno que goza allí de gran reputación como clínico y como higienista, el Dr. Lautaro Vergara Keller, ofrecía esa noche una comida para mí. El doctor Vergara aparte de sus virtudes médicas es un hábil y famoso cazador con arco y flecha, deporte en el cual ha ganado varios premios.

Al siguiente día partí para Kansas City, Missouri, ciudad a la cual llegué a medianoche por avión en medio de una tempestad torrencial y de la más impresionante danza de rayos y relámpagos en torno al avión: un espectáculo al cual no se puede dejar de aplicar el calificativo de dantesco o infernal. Encontré una invitación para visitar el Central Missouri State College, en Warrenburg, a pocas millas de Kansas City. Allí pasé tres días haciendo una intensa vida universitaria, dictando clases, dando conferencias, hablando en banquetes y asistiendo a toda clase de reuniones de aquellas que son usuales en el típico ambiente de las universidades norteamericanas. Mi estada se hizo más agradable por haber encontrado allí una numerosa colonia estudiantil latinoamericana; fueron días fecundos que me permitieron como nunca, conocer la vida universitaria estadounidense vista por dentro.

El 25 de septiembre a mi regreso a Kansas City, visité la "Nelson Gallery of Art", uno de los más hermosos museos de los Estados Unidos, fundado en 1880 por William Rockhill Nelson, fundador

también y propietario de "Kansas City Star", el gran diario de Missouri. Este periódico que recorrí detenidamente en compañía del señor Hal Hendrix, redactor para asuntos latinoamericanos y profundo conocedor de su tema, tira diariamente 3.000,000 de ejemplares, a razón de 225,000 por hora, publica 9,000 avisos diariamente, tiene estaciones de radio y televisión propias y una planta productora de papel de imprenta exclusiva, en Flambeau, Wisconsin. Me hicieron allí una entrevista de prensa y otra de radio. Allí vinieron a encontrarme los padres del señor Eugene Staples, agregado de prensa de la Embajada de los Estados Unidos en Santiago, para llevarme a su hogar y brindarme una íntima y cordial acogida.

Kansas City es llamada la "metrópoli de las praderas", pero la verdad es que nunca encontré en sus calles ni un sólo "cowboy". Es una ciudad limpia, moderna y bien trazada, de medio millón de habitantes, con muchas iglesias y muchos campos deportivos. La gente es cordial y hospitalaria y se habla con un acento muy peculiar que parece ser típico de Missouri. En el barrio "Independence", habita el ex Presidente Truman en una casa modesta semejante a la de cualquier otro de los vecinos. Es frecuente verlo pasearse, solo o con su esposa, o departir con sus amigos a la salida de su iglesia o en el club de su partido o asistir a un banquete de rotarios, etc.

Fuí después invitado a visitar la Universidad de Missouri.

Dí diversas conferencias en varias de las cátedras y pasé después un día completo en la "Escuela de Periodismo" donde también se me ofreció tribuna para hablar a los estudiantes. La Escuela de Periodistas, fundada por Walter Williams en 1908, es la más antigua de los Estados Unidos y tiene una tradición que hace que a ella acudan estudiantes no sólo de todo el país sino también de muchos países latinoamericanos. Fuí entrevistado por el diario que allí editan los estudiantes. Me obsequiaron el "Credo" del periodista que es el Código de Moral del periodismo norteamericano. De Columbia viajé por automóvil a Jefferson City que es la capital del Estado de Missouri. Tiene un magnífico Capitolio semejante al de Washington, que aparece tremendamente desproporcionado en

relación con la ciudad, ya que ella apenas cuenta con 25 mil habitantes. De Jefferson City tomé un avión para Chicago en donde reviví viejas impresiones recibidas en anteriores visitas a esta ciudad que yo estimo una de las más bellas, arquitectónicamente hablando, de los Estados Unidos. Sus museos, sus hoteles, como el "Conrad Hilton", sus lagos, su "Planetarium" y sus grandes diarios como el "Chicago Tribune" merecerían cada cual mención separada. De Chicago se ha dicho que es una ciudad multifacética, que presenta a cada espectador un rostro diferente. De nuestra experiencia podemos decir que, cada vez que hemos visitado la gran ciudad, la hemos visto diferente. Y no es simple cuestión de climatología ni de decoración natural; por cierto que Chicago en invierno y bajo dos pies de nieve es diversa de la Chicago ardiente y desolada con 40 grados a la sombra. Pero lo que cambia fundamentalmente en Chicago es algo de ella misma, su alma, si así pudiéramos decir, que se transforma cada vez, para placer y deleite y comprensión del viajero.

Pero, aparte de esta proteica cualidad de mostrarse cada vez distinta y también cada vez más bella, la virtud principal de Chicago es que fué admirablemente construída por arquitectos que eran artistas, y por urbanistas que tenían imaginación. El paisaje contribuyó también con una buena dosis de belleza, facilitando considerablemente la labor de los ingenieros y decoradores. Difícilmente se encontrarían en los alrededores de alguna otra gran ciudad del mundo lagos tan magníficos como los de Chicago, y en parte alguna la autoridad municipal ha sabido aprovecharlos como lo hicieron los mecenas —capitanes de industria—, que construyeron Chicago, y los artistas que trabajaron bajo ellos. Es como si después de cinco mil años la gesta titánica de los constructores de las pirámides se hubiera repetido; con la diferencia de que en el caso de los faraones de las primeras dinastías del viejo Imperio egipcio, eran los dineros del Estado los que pagaban el costo de la obra, mientras que aquí en Chicago, toda esta gigantesca floración de piedras ha sido obra de la iniciativa privada y pagada con capital privado, amasado en las grandes hornazas de la industria.

De Chicago tomé un avión para East Lansing, adonde iba invitado por la Michigan State University para dictar algunas conferencias. Fuí recibido en el aeropuerto de Lansing por el profesor Carlos M. Terán, ecuatoriano, catedrático de Literatura Hispanoamericana, en el Departamento de Estudios Extranjeros que dirige un sabio chino, el Dr. Lee. Se me hospedó en el "Kellop Center", que es un especie de hotel experimental en el que todos los empleados son alumnos de la "Escuela de Administración Hotelera" que funciona en la Universidad. Es tal vez el hotel más confortable y mejor atendido en todo el país puesto que es un modelo en donde todo tiene que ser perfecto. Ningún detalle ha escapado a sus organizadores: básteme decir que en el pequeño sobre de cerillas que hay en mi velador, encuentro una aguja e hilo de coser. Durante mis dos días de permanencia allí dicté dos conferencias y pronuncié dos discursos de sobremesa, ante alumnos y profesores, respectivamente; dí entrevistas de prensa y visité el inmenso "campus" que abarca casi toda la ciudad de East Lansing. Encontré allí a un estudiante chileno, Danilo Salcedo, pedagogo en Santiago y alumno allá de sociología, quien me invitó a comer en su pequeño departamento que comparte con un estudiante vietnamés y otro alemán. Antes de partir, el presidente de la Universidad me obsequió el escudo de armas de ella.

Partí después por avión para Nueva York en un día de lluvia y de vientos tempestuosos.

Presentado por el profesor Angel del Río, sucesor del maestro don Federico De Onís, dí una conferencia en la Casa Hispánica de la Universidad de Columbia, charla con la cual se inauguraba la temporada de trabajos de la casa: hablé allí sobre Literatura Chilena. Previamente el Dr. Del Río, me había ofrecido una comida en el club de la universidad a la cual asistieron varios escritores latinoamericanos. Después de mi conferencia un grupo de estudiantes latinoamericanos, y entre ellos tres catedráticos chilenos, me invitaron a un *supper*. Durante los tres días siguientes asistí a la asamblea del "News Knowledge and Freedom", auspiciada por el "Overseas Press Club"

y presidida por el Dr. Alberto Gaínza Paz, propietario del diario "La Prensa" de Buenos Aires. El Dr. Gaínza Paz me había invitado directamente a Chile para asistir a esta asamblea. En esta reunión se trató principalmente del problema de la libertad de información en las Américas; tuve ocasión de participar activamente en los debates y proposiciones. Almorzábamos en el mismo local del "Overseas Press Club" y seguíamos trabajando toda la tarde. Conocí aquí a algunos de los hombres más ilustres de la política y del pensamiento latinoamericano, que viven en exilio en Estados Unidos, como también a los grandes personeros del periodismo norteamericano.

Visité detenidamente el gran diario "The New York Times", las oficinas de la A. P., el diario en español "La Prensa" que dirige Julio Garzón, y "Life" en español, invitado por uno de sus redactores, mi amigo, el escritor cubano Roberto Esquinazzi Mayo. Asistí a la gran comida de clausura de la asamblea "News, Knowledge and Freedom", en el Metropolitan Club y partí para Washington.

El mal tiempo me persiguió en Washington. Visité repetidas veces la Unión Panamericana donde fui presentado a todos los jefes de departamento. Invitado por Francisco Aguilera y su esposa salimos un día domingo a recorrer el Skyline Drive y nos detuvimos en la "Fontana de la Fe", un "monumento a la vida", del escultor sueco Carl Milles, artista emigrado tempranamente a los Estados Unidos en donde dió expansión a su temperamento religioso y a su genio artístico.

La conferencia que debía dictar al día siguiente, en inglés, en la Unión Panamericana sobre "East and West through Latin American Eyse", debió ser suspendida por el grave estado de salud de don Carlos Dávila, secretario general de la OEA, quien entró en agonía esa mañana, para morir el día siguiente. A pesar de mis repetidos esfuerzos por ver a don Carlos antes de su final gravedad, no me fué posible hacerlo y debí quedar con el sentimiento de no haber visto cuando aún vivía a quien fuera uno de mis buenos amigos.

Después de visitar las diversas reparticiones del Departamento de

Estado y del USIA para agradecer las innumerables atenciones que recibí durante mi permanencia en ese país, partí de regreso a Chile al día siguiente.

* * *

Este fué el itinerario geográfico y episódico, si así pudiera decir, de mi jira de dos meses por los Estados Unidos. ¿Cuáles son ahora mis impresiones personales acerca del país y de sus hombres?

En primer lugar creo necesario advertir que durante mis viajes anteriores yo he visto a los Estados Unidos casi siempre en guerra o a la salida de una guerra o en momentos de alta tensión internacional durante el curso de la "guerra fría". Ahora lo veo en perfecta normalidad y gozando de un auge extraordinario, con un gran sentido de confianza en sí mismo y con deseos de gozar plenamente de su prosperidad. Hay, por primera vez después de muchos años, un sentimiento de confianza, lo que ellos llaman *security*. Sin embargo, esa seguridad no era tan absoluta como parecía, pues con motivo de la súbita enfermedad del Presidente Eisenhower ocurrida mientras yo me encontraba allí, el mercado de valores sufrió una brusca caída; pero los mecanismos de controles económicos son ahora tan perfectos en ese país que lo que hubiera podido traducirse años atrás en un descalabro financiero importante, fué ahora inmediatamente estabilizado. Pero este episodio de la enfermedad presidencial me dió oportunidad para apreciar la inmensa popularidad de que goza el Presidente Eisenhower. Leí y oí muchas críticas al gobierno republicano, algunas al parecer no sin fundamentos, especialmente en relación con su política agraria, pero jamás escuché una palabra amarga contra el Presidente. La nación entera se conmovió y se movilizó, expectante durante los angustiosos días en que su vida se hallaba en peligro.

Pero lo que a mí me pareció siempre más importante en los Estados Unidos no es su grandeza material, que todos conocemos y de la cual tenemos tantas demostraciones en los diversos campos de actividad; lo que a mí más me ha impresionado siempre allí es su

grandeza espiritual, particularmente ese deseo de servir y de ayudar al mundo. Es Norteamérica un país generoso que siente íntimamente y con un poderoso llamado, su solidaridad con el mundo, un pueblo que no puede permanecer ajeno ante el espectáculo de sufrimientos o carencia de otras naciones. Estando en los Estados Unidos uno llega a comprender cómo y por qué lo que sucede en los Estados Unidos sucede en el mundo y recíprocamente, lo que ocurre en el mundo encuentra un eco inmediato en los Estados Unidos.

Es el norteamericano un pueblo del cual se dice con frecuencia que es infantil. Es infantil en cuanto a la frescura y pureza de su mente. Pero yo agregaría que, más que infantil es inmaduro e imaginativo; de esta combinación de madurez técnica y frescura imaginativa resultan sus maravillosas ciudades tales como New York y Washington, Chicago, New Orleans y San Francisco. Esa imaginación se muestra en todos los aspectos de la vida diaria y en su peculiar sentido del humor que les permite hacer chistes acerca de sí mismos y tolerar que extranjeros también los hagan.

Hay un fondo de optimismo en esta nación. Y de ese optimismo nace una profunda fe en sí mismos, y de esa fe una gran tolerancia. Es este conjunto de cualidades el que los hace parecer a veces ante ojos extraños —especialmente si esos ojos miran con desconfianza— como pretendidos conductores del mundo. Nada más lejos que esta autoconsagrada conducción del mundo en la mentalidad de un norteamericano de tipo medio. Hay sí, en ocasiones, reacciones colectivas ante la incomprensión de que suelen ser víctimas, y esas reacciones suelen darles un aspecto de mesianismo agresivo que en realidad no existe. Mientras recorría el país leí, entre muchos otros libros de novelistas norteamericanos con los que intentaba hacerme más familiar, una novela de John Steinbeck que me hizo honda impresión. Su título es "East of Eden" (*Al Este del Paraíso*). Formula allí Steinbeck, con maestría de novelista insuperable, una tesis: la del "rechazo", como palanca de las acciones humanas. Nada hay que repercuta más tremendamente en la conciencia individual o colectiva de la humani-

dad que el no sentirse amado, que el sentirse rechazado. Dice uno de sus personajes:

“Creo que esta historia (de Caín y Abel) es la más conocida en el mundo porque es la historia de cada uno de nosotros. Es la historia-símbolo del alma humana. El más grande horror que un niño puede experimentar es el de no ser amado y lo que él más teme es el rechazo. Y con el rechazo viene la ira y con la ira alguna clase de crimen para vengar el rechazo. Y con el crimen, la sensación de culpa. Esa es la historia toda de la humanidad. Todo está allí. Un niño, rechazado en el afecto que ~~si~~ busca, da de puntapiés al gato y guarda celosamente su secreto; otro roba dinero de modo de obtener con dinero el amor que no consigue; un tercero, conquista el mundo. Y siempre estarán allí la sensación de culpa y la venganza y una mayor sensación de culpa cada vez. El ser humano es el único animal que conoce el remordimiento. Esta historia terrible es el mapa del alma del hombre, de esa alma secreta, rechazada y culpable”.

Sólo un novelista de la estatura del autor de *Las Uvas de la Ira* (“The Grapes of Wrath”), pudo haber planteado en términos tan sobrios una generalización tan vasta sobre el drama del hombre y de los pueblos de la tierra. Yo pienso, mientras viajo por estas praderas y ciudades ubérrimas, colmadas de riquezas y hermosuras, cuál será el porvenir que está reservado a esta gran nación. Según Steinbeck, “si se amputara del alma el rechazo, no habría más cárceles sobre la tierra”. Y seguramente tampoco habría más guerras. El destino de esta nación está pues condicionado por la menor y mayor comprensión que encuentre de parte de las demás naciones. El norteamericano es un pueblo extravertido y abierto de brazos, pero en actitud de abrazar y no de ser crucificado. Muchas veces los Estados Unidos han sentido el rechazo de parte de otras naciones, a pesar de sus esfuerzos por ser comprendidos y amados de todos. Hemos visto y seguimos viendo cómo algunos de los pueblos que más beneficios han recibido de esta nación, han pagado con ingratitud sus afanes y desvelos. Es

fácil ver que este pueblo ansía tener amigos sinceros y difícilmente los encuentra; vuelca sus dones sobre los demás y no halla gratitud. El dinero suele corromper a quienes lo reciben como un don, pero en general, no corrompe al que lo ofrece.

Por eso felizmente el dinero casi nunca corrompe a un norteamericano. Por el contrario pareciera tornarlo cada vez más generoso y solidario con quienes lo rodean. Acrecienta su idea del mundo concebido como una hermandad. Esto es, en ciertos aspectos, lo que suele llamarse el imperialismo norteamericano, cosa que no es sino lógico corolario de dos circunstancias fundamentales: primero, esa mentalidad solidaria con el mundo y segundo, el enorme potencial económico y técnico que aquí se manifiesta. Los Estados Unidos son dueños de una inmensa riqueza, técnica y material. El mundo necesita riqueza y técnica. Se produce entonces un declive, y una fuerza de expansión resultante de este declive o *vacuum*. Los capitales contenidos a una alta tensión se desbordan hacia los niveles económicos más bajos.

Aún en lo individual este fenómeno es visible en ese renacimiento de la filantropía y del mecenazgo artístico proyectado a escalas jamás vistas, tal cual ocurre en los Estados Unidos; universidades y museos, laboratorios y hospitales, conjuntos teatrales y grupos artísticos, todo esto y mucho más, es obra aquí exclusivamente de la generosidad individual. El norteamericano es un formidable individualista y rehusa hasta donde le es posible, la intervención del Estado en sus asuntos; la rehusa, en un extremo límite, hasta en la educación y en la salubridad; el ciudadano quiere que el Estado lo deje hacer, que no se entrometa en sus labores y que no entrase en lo más mínimo su manera de vida ni siquiera a pretexto de ayudarlo.

Si las ciudades norteamericanas y sus usinas parecen colmenas fabulosas —y de ello pudiera deducirse que el norteamericano tiende al colectivismo— la verdad es que el hombre de los Estados Unidos ama la naturaleza, el aire libre y el campo muchísimo más que la ciudad. El ama la libertad: es en el fondo un discípulo de Lao-Tszé y de Rousseau, (no olvidemos que Thoreau es hijo espiritual de los Estados Unidos); siente la constante invitación al viaje, el ansia del

retorno a la naturaleza, la contemplación de los anchos horizontes desde la cumbre de la montaña, la delicia de fluir sobre el río o de flotar en el océano.

Su amor por la libertad lo lleva a estar constantemente rompiendo la norma, y como no puede hacer esto sin violar peligrosamente las leyes —que él respeta y venera ya que así lo aprendió desde las líneas inmortales escritas por Jefferson en la “Declaración de Independencia”— descarga sus ímpetus libertarios de mil maneras diversas: su vértigo de velocidad en los caminos, los fantásticos colores y diseños de sus trajes, las blusas de sus muchachas, los *jeans* de sus adolescentes, las increíbles corbatas de sus hombres, etc., no son en el fondo sino manifestaciones de este afán de independencia y deseo de romper la norma.

La arquitectura de sus ciudades y los caprichos de sus mansiones de campo son otra prueba de lo que decimos. Expresión de ese apetito incontrolado de libertad y de quebrar la rutina son también sus deportes. El “baseball” es una verdadera pasión de este pueblo y yo creo, —con un observador extranjero que así lo expresó a los periódicos— que el gran auge de la televisión en Norteamérica se debe en gran parte a que sus canales “trajeron la cancha al hogar”. Yo vi en el *lobby* de los hoteles de pequeños pueblos en que alguna vez tuve que detenerme, al pueblo entero reunido en torno al receptor de la televisión mientras se jugaban las series mundiales del “baseball”. El fútbol norteamericano me parece en cambio una manifestación de los aspectos más negativos que pueda haber en el alma colectiva de Norteamérica: es un deporte troglodítico y primario, y creo que debiera ser desterrado de las universidades.

El estadounidense odia el formalismo y la etiqueta: quiere estar siempre a sus anchas y que los demás se sientan de igual modo. Esto que no es sino otra manifestación del deseo de libertad, da cierta base a las críticas que con frecuencia se escuchan sobre su falta de buenas maneras. Y es evidente que hay cierta justicia en tales cargos pues existen algunos hábitos deplorables en el ciudadano medio de los Estados Unidos; uno de ellos es el de mascar *chewing gum*, otro

el de usar inmoderadamente y ostensiblemente el palillo mondadien-tes. En el fondo estos son aspectos de la informalidad del norteamericano, pero chocan al visitante.

Los diarios norteamericanos son un reflejo de la dualidad del alma de este país: oscilan entre el más elevado idealismo y el sensacionalismo más crudo; de un editorial del "Christian Science Monitor" o del "The New York Times" a una *front-page* de un diario de la cadena de Hearts hay considerable distancia.

Ese dualismo se muestra también en sus grandes novelistas y dramaturgos que marchan hoy día a la cabeza de esos géneros en la literatura mundial; las obras de un Hemingway, de un Dreisser, un Faulkner, un Steinbeck, un Lewis, un Tennessee Williams, un Miller, un Scott Fitzgerald, etc. pueden ser básicamente idealistas, pero crudas y realistas en sus formas. El vigor de la novela y del teatro norteamericano es la resultante de esta combinación de fuerzas opuestas.

La pintura norteamericana no cuenta en cambio, todavía, con un genio. Ni tampoco la música a pesar de Menotti, Gershwin, Aaron Copland, etc. Ambas esperan un movimiento renovador como el que ha vitalizado a la novela, la poesía y el teatro. Pintura y música andan perdidas en un laberinto de audaces ensayos y estériles búsquedas por el camino de las innovaciones y de las influencias extranjeras.

Las universidades norteamericanas son en gran parte instituciones particulares, financiadas por legados o por grupos religiosos, principalmente protestantes. Pero el catolicismo ha ganado considerable terreno, especialmente después de la Guerra Mundial II y va marchando por la misma huella. La vida universitaria, con la que estuve en tan íntimo contacto, merecería ella sola un capítulo aparte que no puedo desgraciadamente consagrarle. Diré simplemente que ella descansa sobre tres pilares: estudios, deportes y "romance". Su atmósfera es el "campus", sin el cual la universidad norteamericana no es concebible. Tampoco sin el automóvil.

La educación norteamericana se encuentra hoy abocada al grave

problema de la delincuencia juvenil, sobre la cual moralistas y educadores, sacerdotes y editorialistas no cesan de llamar la atención. Se trata —dicen ellos—, de una generación perdida, la de los “hijos de la guerra”, aquellos niños que tuvieron a sus padres en el “frente” y a sus madres en la oficina o la fábrica. Estos “hijos de la calle” constituyen en verdad el punto neurálgico más sensible de todo el edificio moral norteamericano. Y esto va asociado en cierto modo con una pérdida del sentido de la autoridad: la rebelión de estos muchachos no es sólo contra sus padres y contra sus educadores sino que alcanza aún a las autoridades mismas. Hay una sensible falta de respeto a la autoridad constituída, a la policía. Tuve ocasión de ver una notable película, tal vez la mejor que he visto en los últimos años, protagonizada por Frederick March y Humphrey Bogart; su título es *Las horas desesperadas* (“The Desperate Hours”) y es una adaptación al cine, hecha por Williams Wyler del drama de Joseph Hayes, del mismo nombre. En este film se plantea una parte del problema a que aludimos en lo que se refiere a la falta de confianza del público en la policía. A mi juicio, la tesis del “rechazo” y “culpabilidad” formulada por Steinbeck en su novela antes citada es la mejor explicación para este fenómeno: Caín no mató a Abel porque lo odiaba sino porque lo amaba; su alma no fué capaz de resistir el rechazo del sacrificio que él ofrecía a Dios; no pudo sufrir las preferencias que Abel tenía ante Dios y ante su padre. Cabe también gran parte de responsabilidad al sistema de educación, que concede excesiva libertad al niño, desde sus primeros años.

Quiero decir ahora dos palabras acerca del enorme interés que existe en los Estados Unidos por todo lo que atañe a sus vecinos del sur. Y este interés se manifiesta muy especialmente en las universidades, en donde fuí constantemente solicitado para explicar la posición política, las circunstancias económicas y la manera de vida de los países de América Latina. El problema racial yo jamás lo vi en Norteamérica ni en este viaje ni en ninguno de mis viajes anteriores, tal vez porque no he visitado detenidamente, sino muy de paso, los

Estados del Sur. Yo sé que existe porque los diarios hablan sobre él y porque los viajeros cuentan anécdotas.

Pero la reacción de la opinión pública manifestada en su prensa contra la discriminación es tan grande y tan enérgica que ello permite esperar que los días de este llamado "problema racial" estén contados.

Resumiendo yo diría que la principal virtud del pueblo norteamericano es su franqueza y generosidad. Y su mayor defecto, en lo interno: la rebelión juvenil y en lo externo, el no saber hacer amigos, por exceso de confianza en sí mismos.—*Juan Marín.*

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

Marzo de 1956

2.—El ingeniero norteamericano señor Oliver Bowen, disertó en el Salón de Honor sobre construcciones asísmicas y nuevos métodos de construcción.

5.—Todas las Escuelas y Facultades inician sus actividades del año.

10.—Llegan a hacerse cargo del Instituto de Fisiología los médicos mexicanos, doctores Raúl Hernández Peón y Carlos Alcocer Cuarón.

12.—En el Salón de Honor el diputado don Pedro Espina, almirante (r) ofrece una charla sobre el problema limítrofe de Palena.

29.—Fué designado Rector Honorario Vitalicio, don Enrique Molina G.

Abril de 1956

3.—Los doctores Enrique Solervicens y Ernesto Herzog se dirigen a Iquique a dictar algunos cursillos y conferencias sobre sus especialidades.

5.—Se designa miembro académico de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales al señor Alfredo Larenas, ex profesor de esta Facultad y ex Ministro de la Corte Suprema.

7.—En la clase inaugural de la Escuela de Medicina, se rinde un sentido homenaje a la memoria del Dr. don Virgilio Gómez, uno de los fundadores de la Universidad de Concepción.

12.—Por haber cumplido su período dejó la presidencia de la Federación de Estudiantes el señor Ricardo Jara. Toma el mando de la FEC el señor Sergio Wilson.

14.—Con asistencia de autoridades, cuerpo consular residente, directores, consejeros y profesores de la Universidad se celebra el Día de las Américas.

Habla, en primer lugar, el abogado peruano y Cónsul General del Perú, señor don Jorge Stiglich B. sobre “Diplomáticos sudamericanos”, y tiene el trabajo de fondo sobre “Unidad de las Américas”, el señor Aulio Vivaldi, profesor de Derecho Internacional. El señor Freddy Varela ejecuta dos piezas al piano, de autores chilenos.

15.—El profesor y médico francés Dr. Jean Vellard diserta sobre “Los uros, pescadores del Titicaca”, en el Salón de Honor, y ofrece otras dos conferencias científicas en la Escuela de Medicina.